

50

PREGUNTAS SOBRE LA FE

Publicado por

EUNSA

Versión interactiva

arguments

www.arguments.es

Jorge Miras y Tomás Trigo
(editores)

29

¿Cómo estamos seguros de que la enseñanza de la Iglesia sobre lo que Dios quiere que hagamos es correcta? A mucha gente no nos parece tan claro que esté mal todo lo que los curas dicen que está mal...

Para llegar a una respuesta aceptable es importante, ante todo, asegurarse de que no estamos planteando esa pregunta con la actitud de quien, en realidad, lo que quiere decir es algo así: «¿Qué poder tiene la Iglesia para mandarme hacer lo que no quiero o para impedirme hacer lo que quiero? ¡A ver si son capaces de obligarme! ¿Acaso pretenden decir lo que está bien solo *ellos*?»

Porque lo cierto es que no se trata de una cuestión de *poder*, de que la Iglesia intente imponerme desde fuera obligaciones y prohibiciones. Además, para una persona católica no se trata de algo ajeno, porque esa persona forma también parte del *nosotros* que es la Iglesia: yo también soy *ellos*.

La cuestión es más bien de sabiduría: de que yo tenga un deseo sincero de conocer la verdad y actuar en consecuencia, para buscar libremente el bien y la felicidad con esa luz.

Me parece que todo el mundo quiere –al menos le gustaría– ser una persona consecuente: que su conducta responda *a lo que piensa*, a sus convicciones; no merecer ape-

lativos como el de *veleta*, que gira según sopla el viento, u otros semejantes.

Y todo el mundo está de acuerdo también en que hay que hacer el bien y evitar el mal.

Sin embargo, a la hora de decir concretamente qué es el bien, qué tengo que hacer o evitar yo en la práctica, hemos de contar siempre con un hecho que tiende a presionarnos y merma nuestra objetividad: que no somos *neutrales*, porque la respuesta que demos va a condicionar nuestro comportamiento. No se tratará ya de una declaración abstracta y teórica, sino que nos va a afectar de modo directo, empujándonos a ser coherentes y tal vez a tomar decisiones costosas si es necesario.

Es un hecho que ante diversos aspectos importantes de la vida humana, además de la doctrina de la Iglesia, existen –y a veces muy extendidas en el ambiente social y cultural– otras posturas diversas, frecuentemente incompatibles con ella. Por eso quien verdaderamente se propone *protagonizar* su propia vida, sin limitarse a dejarse llevar, es preciso que parta de un presupuesto de honradez intelectual que se podría expre-

sar más o menos así: *es imposible que dos o más visiones contrarias del mismo asunto sean verdaderas al mismo tiempo* (p. ej., mentir, o pasarse bebiendo, o hacer una obra de caridad, no puede estar a la vez, y en el mismo sentido, *bien y mal*).

Por tanto, si queremos en serio evitar la actitud, superficial y más bien esnob, de quien se sale por la tangente y renuncia a buscar la verdad, no hay más remedio que tomar partido. Y es importante no equivocarse, porque nos lo jugamos todo en esa apuesta: realizar auténticamente nuestra vida o convertirla en un fracaso.

Entonces, ¿cómo acertar al menos en las cosas que de veras son importantes?

La primera posibilidad sería la autosuficiencia, pero ya hemos visto que nos pone en el peligro de acabar obedeciendo arbitrariamente a nuestros gustos o a las circunstancias.

La otra posibilidad es buscar una referencia externa. Y esto, a su vez, puede hacerse de varias maneras, unas con más garantías de acierto que otras. Por ejemplo, si pregunto a otros amigos que saben del asunto prácticamente lo mismo que yo, probablemente recibiré respuestas bienintencionadas pero poco fiables. Incluso muchas veces podrían verse inclinados a decirme lo que piensan que quiero oír; o, si están en la misma situación que yo, a darme alguna respuesta “cómplice” que nos permitiera (a ellos también) seguir igual, sin tener que cambiar...

En cambio la Iglesia, enviada por Dios y con su ayuda, guarda y transmite una sabi-

duría moral que procura expresar lo mejor posible en cada época lo que ha recibido de Cristo, Creador y Redentor del hombre. Su enseñanza es desinteresada, valiente, sin temor a la *impopularidad*, sacrificada, perseverante. Solamente busca nuestro bien –ninguna otra *ganancia*– al proponernos esa verdad de la que Cristo prometió que nos hará plenamente libres, la que es capaz de llenar nuestra vida de dignidad, alegría y grandeza. Por eso puedo fiarme. ■

Para saber más:

Catecismo de la Iglesia Católica,
2030-2040.
Jorge Miras